

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Sem.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50
Idem del Suplemento. . . 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.
Los librerías y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EL AVENTADOR

El hábito no hace al monje.
(Refrán popular.)

Y tanto como no lo hace!

Con su vestido de esparto, el soplillo de la cocina es todo un cumplido caballero. Inútil sería buscarlo en Francia ó en Inglaterra; jamás ha consentido que le llamen Mister ni Monsieur. Así se anda el pobre de medrado! Siendo el soplillo el verdadero rey de los aventadores, puede, sin embargo, ser definido así: El abanico que *menos cuesta* y que *más vale*; el abanico que *más sirve* y al que *menos se estima*. Habrá con estos antecedentes necesidad de declarar su patria? El soplillo es español por todos cuatro costados; si no lo ha sido en su origen, se ha ganado como nadie su carta de naturaleza en esta hidalga tierra; dada su definición, si no fuera español, merecería serlo.

¿En dónde se encuentra? En todos los pueblos, aldeas y ciudades de España; en donde quiera que haya un *buen Juan* que trabaje y una *pobre Dolores* que sufra, allí está el aventador. Por una anomalía, también genuinamente española, en Cuba, país de negros, las negras abanicaban á las blancas; en España, país de blancos, las blancas pasan una parte abanicando al carbón, esto es, á un negro. El soplillo sabe, entre otros, este raro secreto: si alguna vez llegase á contarnos su historia, muchos abanicos de oro y de marfil se avergonzarían, incluso acaso algunos cuyo país embelleció Goya con su primoroso pincel. El aventador, como la aguja, tendrá que esperar que le llegue su día, y entonces comprobará ante un tribunal de verdadera justicia que es cierto el refrán que encabeza este artículo: *El hábito no hace al monje*.

El soplillo de la cocina, el aventador, es un *látigo*, y como látigo puede sufrir el parangón con los mejores de su clase: con los que emplean los aristócratas españoles, en la Península parra arrear á sus caballos; en Cuba, para arrear á sus negros.

¡Arre, arre!—dirá Dolores, avivando con el soplillo la candela de su pobre cocina.—¡Arre! ¡despierta! ¡no me seas perezosa! ¡enciéndete pronto! Juan vendrá del trabajo y traerá ganas de comer. ¡Es tan ruda su faena! Además, la niña despertará ya, y cuando despierte habrá que darle algo. ¡Arre, arre, candelita! ¡Calienta el agua pronto, cuece pronto la olla; ya sabes que hay mucho que hacer, y que esta noche tengo que planchar! ¡Arre, arre, no me achicharres la sangre; quémate pronto, y estaremos iguales: ya sabes que ha de llegar un día en que descansen las dos!...

El aventador es más que un látigo y un abanico; es un verdadero *duendecillo*. Pero qué duende! Con qué facilidad se pierde el pícaro! Se os ocurre que estará en la hornilla entre la ceniza, regodeándose en su obra, y lo encontraréis muerto de risa detrás de la tinaja. Lo buscáis colgado junto al almirez, y ¡que si quierdes! allá se anda él solazándose debajo de la artesa. ¿Creéis acaso que estará en la carbonera? Pues él se encuentra muy risueño y muy curioso metido en el cajón de la basura, viendo si puede leer los papeles que tuvisteis la debilidad de echar en él. Lo creéis fijamente en el cegador, y lo halláis fuera de la cocina, sosteniendo no sé qué ani-

mada conversación con un gatillo negro, tan retozón y ligero de cascos como él. Travieso como un chiquillo, anda jugando siempre al escondite y friéndole la sangre á la cocinera, en vez de ayudarla, como debiera, á cumplir con su oficio. Aunque juguetón y travieso, el aventador es un buen compañero de la mujer del pobre Juan: cuando el soplillo corre, el carbón, chisporroteando, se jalea, y el aceite canta, formando un terceto musical cuyo mérito no apreciamos los profanos como sin duda lo apreciaba una barbianísima profesora de guitarra andaluza, que compuso, no sé si al aventador ó á su anafe, esta cancioncilla, no desprovista de cierto gracejo é ingenuidad:

Sopla vivo,
Peloncillo,
que se enfrían
los panecillos,
y ya el aceite ligero
canta lo mismo que un grillo:
sopla vivo,
Peloncillo.

Pero Peloncillo, así le llamaremos ahora, es más que un abanico, un látigo y un duende: es todo un señor *alquimista*. Mediante él se verifica la combustión, que es uno de los fenómenos químicos más importantes y dignos de estudio; por él arde, no sólo la sangre de la cocinera, sino el carbón, y el ácido carbónico se marcha con la música á otra parte. El día que Peloncillo le cuente á su honrada compañera la mitad de las cosas que sabe y presencia, el buen Juan no tendrá que salir para ganarse el sustento con el sudor de su frente, y la pobre Dolores no se achicharrará la sangre al pie de la hornilla. Los químicos mejores no son, si bien se mira, más que unos discípulos aventajados de Peloncillo: por desdicha, han salido tan egoístas y reservados para con el pueblo como su maestro.

El duende Peloncillo, así llamaré en adelante al desdeñado aventador, no es sólo un *alquimista*; es también un *teólogo* de primera fuerza. Por algo había de ser él tan listo y tan travieso. Peloncillo no es de los que se andan por las ramas, sino que se va derecho al bulto. Para estudiar Teología, pensó, y no pensó mal, lo mejor que debo hacer es irme á las mismas fuentes y dejarme de doctores é intérpretes, que, por buenos y sabios que quiera suponerlos, al fin y al cabo son hombres, y como tales, pueden engañarse ó engañarme con la más piadosa intención: y dicho y hecho, así lo pensó Peloncillo, y así lo hizo, y cáttatelo ahí pasando su vida entre dos dioses, el *Aire* y el *Fuego*.

Al *Fuego*, le dijo á Peloncillo su pajarito verde, le rindieron culto en Asiria, en Caldea y en Fenicia; en el templo de Baal Tirio no había, por único ídolo, más que el Moloch de Canaán, el fuego eterno á que se sacrificaban niños de carne y hueso. El fuego, *Agni* en sanscrito, es un verdadero Dios de dioses, un Dios de tantas campanillas que en el Rig-Veda se halla la siguiente oración:

«¡Oh *Agni* Todopoderoso! Ningún mortal, ningún otro Dios puede sustraerse á tu poder».

Al *Aire*, y al viento y á los vientos, les rinden aún y les han rendido culto en muchos pueblos: conocido es Eolo entre los griegos; Tylor, en su excelente obra *Primitive Culture*, nos habla de muchas divinidades aéreas, citándonos entre ellas, por no

multiplicar los ejemplos, el gran *Grofe*, espíritu de los vientos, que es una divinidad entre los iroqueses; *Ukko*, que es dios del Cielo y dueño de los vientos; *Tumle Ema*, que es la madre de estos dioses y una especie de Santa Ana aérea, y *Mauí*, dios de mucho fuste y respetadísimo en la Polinesia.

Enterado de estas y otras muchas cosas, que antes ignoraba el pobre Peloncillo, convencido de que en la humanidad se ha adorado y se sigue adorando aún á las piedras, á las plantas, á los animales, á los astros, á los cuatro elementos, á los ríos, á los pozos, á las nubes, á la cosecha, á la lluvia, al arco iris, y ¿á qué más?, á los adivinos y á la misma guerra, Peloncillo se dijo: Para adorar á un roble, á un buey, á una serpiente ó á un hombre, siempre tengo tiempo; puesto que mi oficio me ha llevado á servir al Aire y al Fuego, que, después de todo, no tienen menos títulos que Mahoma ó cualquier otro reformador por el estilo para ser dioses, como á tales veneraré á esos caballeros, y á su lado estudiaré Teología.

Acomodado y avenido con su situación, Peloncillo, que no deja de tener su miaja de malicia, comprendió bien pronto que sus señores el *Aire* y el *Fuego* eran dos divinidades en decadencia; porque también los dioses, discretas lectoras, vienen á menos, como los individuos y las familias, cuando quieren estirar el pie más allá de donde alcanza la manta.

Peloncillo, que tiene ordenada su vida á las mil maravillas, reparte su tiempo entre jugar al escondite, estudiar Química y aprender Teología. Raro es el día que hace rabona á su clase, que es la hornilla; en ésta se pasa por lo menos un par de horas oyendo las explicaciones de su maestro, y luego cinco ó seis alternando muy higiénicamente el juego con el estudio y el trabajo con el descanso. Ya sabe el muy ladino que el *Agni* de la India y el *Mauí* de la Polinesia se odian, no sé si decir cordialmente ó á lo divino, que es para Peloncillo el superlativo de cordial. Ya sabe que el aire *asesina* al carbón, como que lo consume, y que el carbón *roba* al aire, como que le quita el oxígeno. ¡Pero robo y asesinato, santo cielo! ¡Pues sabéis que es buena la materia religiosa que se aprende acudiendo á las fuentes!—como dice Peloncillo. Si así se pelean las divinidades muertas, ¿qué harán las vivas?

Pero ahora que lo pienso, ¿á qué hablaros de lo que Peloncillo puede enteraros mucho mejor que yo? El sabe mucho más de Química y de Religión que los alquimistas y teólogos, y empieza ya á combinar unos conocimientos con otros en una forma singular; ya sabe que lo que es odio y guerra entre los dioses, es amor y verdadera armonía en la Naturaleza; ya ha observado que en la combustión, en la cual el Carbón y el Aire, como dioses, se matan y se roban, se verifica un verdadero casamiento, cuyos hijos, entre otros, se llaman *calor* para la olla y *ceniza* para la industria. Peloncillo sabe... Pero este artículo ha de acabarse, y deciros todo lo que sabe sería el cuento de no acabar nunca.

Peloncillo es, como os he dicho, un completo caballero, español á carta cabal, travieso, porque no en balde se estudia Teología, y bueno, porque no en vano compite con los niños en su pasión por el escondite y en la actividad que despliega al jugar al carbón, que, á falta de caballo, según dice, se ve de borriquito moruno.



Quered al duende Peloncillo, honradas mujeres de Juan del Pueblo. Condenado á muerte en toda Europa, sus días están también contados en España; pero en los pocos que le restan de vida, él puede, si sabéis preguntarle, enseñaros conocimientos mucho más útiles que los más encoquetados y aristocráticos abanicos, los más serviles de todos, porque pasan la vida echándole aire á la molicie y á la ociosidad, madre, según un antiguo adagio español, de todos los vicios.

A. MACHADO Y ALVAREZ.

LIOS DE ELLOS

El famoso cuanto sucio Padre Arnau, catequista de vírgenes averiadas, fundador de burdeles místicos y otros excesos, está inconsolable.

Y la cosa no es para menos. Otro presbítero de Valencia se coló suelto por su nido estando él ausente, y le birló tres de sus hijas amadísimas, dejándole con un palmo de narices.

Como ave á quien roban su nido, como leona á quien arrebatan sus cachorros, así se puso el buen Jaime cuando se enteró de la perrada que su hermano en Cristo le había jugado.

Es de advertir que el cura desvalijador es un tal Pintado, que tiene gran influencia en el palacio archiepiscopal, y que, según parece, obró autorizado por sus superiores.

Así lo ha entendido Arnau, y por entenderlo así ha publicado una hoja que arde en un candil y enciende el pelo á sus colegas de sotana.

Para muestra reproduciré algunos párrafos:

«Afortunadamente, dice, tenemos á disposición de quien gustare enterarse, las preces ó instancias que, obligados por la conciencia, elevamos á Su Santidad suplicándole que, atendida la relajación reinante entonces en la Escuela Pía, tuviese á bien autorizarnos para vivir separados de ella, con el objeto de asegurar así mejor la salvación de nuestra alma, lo cual se nos concedió en efecto».

¡Figúrense ustedes lo que vería Jaime entre los escolapios, cuando él, que es tan desahogado y tan... tarantán, temía perder su alma viviendo entre ellos!

Después añade:

«Y ahora, en confirmación de lo que afirmamos acerca de la relajación reinante en dicha corporación, añadiremos que Pío IX estaba ya resuelto á publicar un decreto para extinguir dicha Orden, tan decaída en la observancia regular, cuando acaeció su muerte, sentida en extremo por todos los buenos católicos».

A continuación se lamenta de las persecuciones que sufre por parte de los individuos que deshonran la sotana y le dejan viudo por sorpresa, y refiere de este modo la paliza que le propinó todo un señor canónigo en pleno palacio episcopal:

«Anteayer fuimos á palacio para asuntos particulares que debíamos tratar con el ilustrísimo señor provisor y vicario general, y nos dirigíamos á nuestro domicilio, cuando un señor canónigo nos detuvo y nos indicó le siguiésemos al despacho del señor secretario de cámara».

A pesar de que Arnau habla en plural, como si valiese por dos, el canónigo le metió una zurra como para él solo. Por lo cual dice todo dolorido:

«Apenas entramos en el despacho del señor secretario, cuando el canónigo entornó la puerta y nos encontramos solos con él.

«Entonces dicho canónigo se abalanzó contra nosotros (contra él), nos cogió del brazo y del cuello, cual si tratara de estrangularnos, y con torva mirada y ademán furioso comenzó á proferir mil improperios, concluyendo por amenazarnos de muerte ó asesinarnos el día menos pensado si no nos íbamos de Valencia».

Como el canónigo le apretaba el gaznate, el amigo Arnau, por librar la pelleja, prometió irse con el burdel á otra parte; pero en cuanto se vió libre se olvidó de la oferta, y continúa en la ciudad de San Vicente, dispuesto á reclutar monjas y á guardarlas bajo siete llaves, para ponerlas á salvo de asaltos clericales.

Mientras lo realiza, gime solo, mustio y cariacontecido, contemplando las solitarias paredes de su convento, casa, chamizo ó lo que sea.

¡Pobrecillo! Tras de cornudo, apaleado, dice el refrán; pero él exclamará: «¡Tras de haberme quitado las chicas, aguantar el palizón del canónigo! ¡Sólo faltaba para coronar la fiesta que el Juzgado de Madrid que me tiene reclamado, hiciese que me pusieran á la sombra!»

OTRO VAGO MÍSTICO

Para todos sale el sol, y todos somos hijos de Dios y herederos de su gloria, etc.; y en tal sentido, olía algo á injusticia el olvido en que la Providencia tenía á Castellón en el reparto de apóstoles. Afortunadamente, ya pareció el peine; digo, el apóstol.

Este es un joven algo carlista, lo cual que se le conoce porque se pega las grandes entrevistas con los curas más belicosos de la última campaña; cuyo joven y ya enviado divino, se ha dado á la medicina apostólica, y no tiene precio para curar las muchachas histéricas que los presbíteros le facilitan.

Una noche reunió nada menos que veinte individuos, y se estuvo con ellas hasta el alba, proporcionándoles medicamentos corporales y espirituales en abundancia; porque, eso sí, amén de apóstol y carlista, el muchacho es más robusto que Sansón, y tiene potencia y vigor suficientes para eclipsar las glorias de una recua de presbíteros.

Su plan curativo es el siguiente:

Una vez á solas con la paciente, agarra un menbrugo de pan y le pega un mordisco; la enferma le da un pañuelo, el apóstol lo sopla tres veces, saturándolo con su piadoso aliento; se lo devuelve, y pronuncia estas sacramentales palabras: «Aplicátele al ombligo. *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi*».

Como es de suponer, el cordero de Dios no aparece, ni hay allí más corderos ni más toros que los novios y maridos de las tales.

Tiene, además, un vasto formulario para diversas enfermedades de las partes altas y bajas del cuerpo, y para los dolores de riñones facilita un trozo de cuerda del látigo que usó Jesucristo en el templo de Jerusalén; y, aun cuando lleva curadas centenares de enfermas por este medio, ¡oh prodigio! no se le ha agotado el medicamento. ¡Si será fuerte el látigo!

Por desgracia, el gobernador civil, que debe ser un incrédulo sin un átomo de fe, envió al peregrino un par de agentes de Orden Público que lo espantan hasta Benicasim, donde continúa trabajando de ocultis y con las debidas precauciones.

Sin ser yo apóstol, pero conociendo á fondo á toda la gentuza que hace de la religión marmita de su alimento, me atrevo á profetizar que la provincia de Castellón tendrá este año un aumento de población de más de un 50 por 100.

Que así premia Dios á las poblaciones dóciles y sumisas á la voz de sus apóstoles.

UN CURA ORNITÓLOGO

Hay en Las Palmas (Gran Canaria) un presbítero llamado Uña, gran aficionado á pájaros, que debe tener la cabeza á ídem cuando se deja dar timos como el siguiente:

Un señor de mucha chispa, y que está siempre de buen humor, se hizo el encontradizo con el cura, y sabiendo sus aficiones pajarreras, le invitó á pasarse al día siguiente por su casa, donde tenía unos magníficos volátiles procedentes de Borneo, regalo de un tío suyo misionero en aquellas islas.

Ofreció el cura ir á verlos, á condición de que si alguno le gustaba había de regalárselo ó vendérselo; pues sería para él una pena muy grande el ver un ave rara y no poderla tener.

Despidiéronse hasta el otro día, y el astuto seglar se fué al mercado, donde compró tres pájaros de los más baratos y los llevó á su casa, y con un pincel los puso hechos unos fenómenos.

Acudió á la hora fijada el presbítero, y al ver tan rarísimos pájaros, de tantos y tan heterogéneos colores, se encaprichó por ellos y rogó con mucha insistencia al dueño que se los vendiera.

Resistióse éste, porque le dolía mucho desprenderse del regalo de su tío; mas al fin, á fuerza de grandes ruegos, consintió en dárselos en cinco duros.

Loco de contento llevó los animalitos á su casa el aficionado, avisando á una porción de curas amigos para enseñarles la compra; y cuando estaban todos contemplando los pájaros, á uno de éstos se le ocurrió bañarse y puso el agua de mil colores, quedándose él descolorido completamente.

En cambio el cura se puso colorado de rabia, y se fué á casa del vendedor echando espumarajos por la boca.

Para colmo de desventuras, un vecino del pajareero le dijo que éste y otros varios amigos se habían ido al campo á correr una juerga á costa de un primo, y excuso decir si el cuervo acabaría de echar los pies por alto.

Hay que reconocer que la broma ha tenido mucha gracia, aun cuando sea la última de este género que le den al cura; pues á cualquier hora vuelve á comprar pájaros sin echarlos antes en remojo, como el bacalao de Escocia.

¿Á QUE PERDEMOS UN SANTO?

¡Estaría bueno eso de que por negligencia de los vecinos de Reinosa perdiéramos la dicha de venerar en los altares al siervo de Dios Fray Manuel Ruiz, natural de aquella villa, á quien quiere canonizar

nuestra Santa Madre la Iglesia, en cuya verdad y creencia quiero vivir, etc.!

Digo esto, porque con fecha 20 de Marzo mandó el arzobispo de Burgos leer á todos los párrocos de su archidiócesis, especialmente á los de Reinosa, un edicto en que decía:

«Citamos y llamamos, bajo precepto de santa obediencia y las penas señaladas por el derecho, á todos los fieles de nuestra archidiócesis, de cualquier clase ó dignidad que sean, para que en término de treinta días, á contar desde la fecha, entreguen ó remitan, bien sea directamente, bien por conducto de sus párrocos, á nuestro M. I. S. provisor y vicario general, cualesquiera obras, tratados, opúsculos, meditaciones, sermones, cartas, oraciones ú otros escritos que hubieran sido compuestos ó dictados por el referido siervo de Dios, ó de otra manera puedan atribuirse al mismo; en la inteligencia de que oportunamente serán devueltos á sus dueños respectivos.

«Asimismo amonestamos á todos los dichos fieles para que dentro del expresado término, y de la propia manera, nos den cuenta de las personas en cuyo poder supieren hallarse alguno de los mencionados escritos».

Y á pesar de lo claro y terminante de la redacción del edicto, no ha habido familia reinosana que se crea con opción á declararse pariente del bienaventurado, ni feligrés que presente un escrito del santo varón. ¡Nisiquiera una plana de palotes! Ahora que me regocijaba la idea de rendir á tan eximio Ruiz una santa veneración, me voy á quedar con las ganas; y todo por culpa de éstos que renuncian á esa ganga, como si un santo se encontrara á la vuelta de cada esquina.

No, no se parecen los vecinos de Reinosa á los de una aldea inmediata á la mía, los cuales, requeridos para que enviaran documentos relativos á un venerable convecino, no hallando ninguno (porque aquel bendito no sabía escribir), enviaron una relación de los suministros de cebada que un alcalde había facilitado á los carlistas en 1837, con la supuesta firma del beatífico varón.

Pero está visto. Ya no hay inventiva para nada. Ni aun para hacer santos.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Episodio de Pascuas en Vigo:

¡Tilín, tilín, tilín!

—Ahí está el cura, que viene á bendecir la casa, Juan.

—Pues no abras y que se vaya á otra parte con el hisopo.

—Déjale que entre y le echo en el peto tres piezas de á cuartillo que tengo aquí, y ahora no pasan.

—Bueno, mujer; haz lo que quieras.

La mujer abre y aparece el cura seguido de dos monaguillos. Estos traen, el uno, un Crucifijo de metal y la caldereta del agua bendita; el otro, una campanilla y un cepillo para recoger el dinero.

Los monaguillos entran, el cura queda á la puerta y bendice; después da media vuelta y se aleja pausadamente.

Mientras sucede esto, el monago del cepillo se acerca al ama de casa y alarga el receptáculo, al mismo tiempo que, volviendo la cabeza para ver si el cura espía, dice:

—Non os vote; demos á min, que eu os votarei.

El ama, comprendiendo que el chicuelo quiere sisar algo, se ve precisada á sacrificar un perro chico, que da al monaguillo, al mismo tiempo que deja caer en el cepillo los tres cuartillos. Pero el cura ha olfateado la cosa, y, lanzando miradas de basilisco, dice á los muchachos:

—¡Como vea que guardáis una mota, os reviento!

Y mientras volvía la cabeza, los dos chiquillos le hacían muecas, diciendo de paso:

—¡Amoláchede, que ya te solfeamos dous reas!

—¡Vayan por los que ti lles apandas a's beatas!

—Hoxe, e'o que leva n'o peto, collen él é mais á ama unha mona com'a de nontronte.

—E despois...

—¡A mar!...

¡Valientes mozos los monagos! Bien dicen que el que con lobos anda...

Montó el respetable D. Fray Zeferino (con zeta se escribe su nombre) en el tren que de Sevilla partía para Huelva; y ¡mal compañero nos hemos echado! —exclamaron algunos viajeros. Milagro será que salgamos con bien.

Y se cumplió la profecía; pues en una de las tres primeras estaciones se inutilizó la máquina, en términos que no se pudo componer de momento; intentan telegrafiar á Sevilla pidiendo una locomotora, y se rompe el cable; disponen enganchar una máquina de las que emplean en los trenes de mercancías, pero ni siquiera hizo mover el tren; añaden otra de la misma clase y el tren andaba como tirado por bueyes; llegan así á la estación inmediata y tampoco allí tenían máquina de buena potencia;

suplican que la pidan á la estación que seguía, y estaban incomunicados con ella por averías en el cable. Total, dos horas de retraso en la llegada del tren á Huelva, por llevar á su bordo al señor cardenal arzobispo de Sevilla.

En vista de estos percances, los viajeros han formado la firme resolución de no montar en un tren en que vaya un caballero de coronilla pelada; resolución acertada que debieran tomar todos los que estén bien con su pellejo ó quieran llegar á una hora fija á un punto determinado.

Un propietario de Arganda, comandante retirado del Ejército, perfecto caballero, buen católico y puntual en el cumplimiento de sus deberes religiosos, sintióse poseído de uno de esos arrebatos mentales tan frecuentes en los que toman en serio el catolicismo, y se suicidó disparándose un tiro.

Negóse el *curiana* á darle sepultura, sin tener en cuenta las anteriores circunstancias; mas al ver que el Ayuntamiento, dueño del cementerio, pensaba enterrar el cadáver, temió que se le escaparan unos cuartos y asistió al sepelio, pero con el ropaje de paseo, teja, manteos, etc., prescindiendo de la guardarropía místico-funeraria.

Vamos á cuentas, *pae cura*.

¿Debía ó no darse sepultura religiosa al cadáver? ¿Sí? Pues haberlo hecho inmediatamente, sin tantos remilgos para encarecer el trabajo. ¿No? Pues ni con ropa de fiesta, ni con la de labor, ni de cura, ni de persona, debió usted asistir.

En primer lugar, porque faltaba usted á sus deberes; y en segundo, porque no hacía usted maldita la falta.

¿Se ha enterado usted?

En el vapor *San Ignacio*, que salió de Barcelona con rumbo á Filipinas, se embarcaron un obispo, nueve curas y doce Hermanas de la Caridad en cámara de primera, cual corresponde á su categoría.

En la travesía de Singapoore á Manila se desencadenó un fuerte temporal que los puso en peligro de entregar su respetable humanidad á los peces, y, para conjurarlos, dos de las Hermanas subieron sobre cubierta y echaron al mar dos medallas.

Satanás, que debía andar por aquellas honduras soplando las olas para que se hinchasen, recrudesció la tempestad de tal modo, que obligó á las Hermanas á tirar al agua una porción de objetos piadosos, sin resultado alguno.

Con este motivo, dos pasajeros, impío el uno y católico el otro, sostuvieron el siguiente diálogo:

— ¡Hombre! — dijo el primero. — Debían tirar al obispo, á ver si el mar se calmaba al contacto de su sagrado cuerpo.

— Pues ¿qué piensa usted? — respondió el creyente. — Aunque le arrojaran, no se ahogaría. A imitación del Divino Maestro, flotaría en pie sobre las aguas.

— ¿Y por qué no lo hacen entonces?

— Será por temor á que no se le mojen los zapatos.

Y colorín colorado.

El cura de Bergondo (Coruña) será algo bárbaro si se quiere (y aunque no se quiera), pero tiene una intención que ya ya.

El maestro del pueblo, persona dignísima que lleva prestados veintidós años de brillantes servicios en su carrera, estableció la enseñanza de Historia de España por el método intuitivo.

Incomodóse el *pater*, que no conoce la historia por método alguno, y se empeñó en que el maestro quitase las láminas que para la enseñanza empleaba; y como no accediese á ello, ni á convertirse en medio monaguillo suyo, ha intrigado de tal modo que lo han suspendido y se halla el pobre pedagogo sin sueldo, con cinco hijos, uno de ellos imposibilitado, y pendiente de la resolución que el Ministerio de Fomento dé al expediente instruido.

No dudo que sea favorable, porque en justicia no puede ser de otro modo; pero es muy triste pensar que un hombre que ha sacrificado lo mejor de su vida en la enseñanza esté á merced de un animal tonsurado, y se vea privado de ganar el sustento para su familia por tener dignidad y conciencia de sus actos.

¡Pobres maestros, siempre víctimas de su eterno é irreconciliable enemigo, el cura!

¿Conque el 20 del actual, barbudo Mollina, se inaugurará en Chinchón el asilo para huérfanos que funda esa señorita que tienes en tus groseras garras desde hace cuatro años, á cuya casa vas á llenarte el bandullo dos veces por semana, y cuyo capital ha mermado tanto desde que tuvo la desdicha de tropezar contigo?

¿Conque andas halagando su vanidad, que es

mucha, diciéndole que el Papa quiere conocerla, para que vaya contigo á Roma y se consume cuanto antes su completa ruina, si no es que te llevas otras intenciones más pecaminosas?

¿Pues sabes lo que te digo? Que antes del día 20 tendrás noticias de mí, para que veas con cuánto gusto me asocio á tus alegrías.

Adiós, remonono mío, y memorias de aquel muchachote que fué un día á tu casa con un recado de un colegio de la calle de Santa I., y que se negó á volver, á pesar de la cariñosa manera que tuviste de recibirlo.

Un maestro ha establecido una escuela en Oural, y los curas de las parroquias limítrofes están muy incomodados porque, á pesar de su propaganda contra ella, se ve muy concurrida.

Un día vió el cura de Charente á la señora del maestro en misa, y aprovechó la ocasión para decir á los fieles que no enviasen sus hijos á la escuela de un ciudadano que tiene el feo vicio de leer *El Motín* (¡ingrato, más que ingrato!), y que en el pueblo hay otra escuela cuyo maestro sabe enseñar las tres primeras reglas y la doctrina cristiana, que es todo lo más que debe saber un hombre.

Bien dicho, y aun todavía me parece demasiada instrucción. Sabiendo el Catecismo, ¿qué falta le hace á un hombre enterarse de que una y una son dos, ni que tres por ocho son veinticuatro, ni otras curiosidades que maldito lo que sirven para la salvación eterna?

Paseaba el piadoso párroco de Villamartín por las afueras del pueblo, cuando de repente sintió una fuerte y apremiante necesidad, de esas que nadie puede ventilar por nadie, y púsose á evacuarla; mas como los chicos son de la piel del Demonio, y en todas partes se hallan, en cuanto lo vieron comenzaron á tirarle despiadadamente piedras, una de las cuales llegó á... ¡el Señor nos libre!

Tan mal debió sentarle al buen señor, que aquel mismo día se quejó al alcalde, quien multó fuertemente á los padres de los apedreadores, no obstante confesar éstos que su ánimo no fué apedrear al párroco, sino á un pajarraco á quien creyeron ver en la figura del tonsurado.

Convengamos en que la intención de los chicos fué buena, pero que no siempre la intención salva.

Me dicen que el maestro de capilla de la catedral de Córdoba tiene la desgracia de que todos sus amigos se enojen con él al poco tiempo de tratarle.

Esto no será ciertamente porque no sea amable el tal músico ensotinado; todo menos eso. Se despepita por sus amigos, pues detestando el trato con las mujeres que pueden hacerle pecar, no encuentra placer mayor que alternar con sus congéneres.

Me parece que el motivo de la desavenencia debe consistir en que, como es tan buen músico, se empeña en tocar á todas horas, y tanta música empalaga á los que le tratan.

Ahora parece que reúne en su casa á algunos soldados de caballería, y supongo que los distraerá tocando algún instrumento.

¡Quiera el Cielo que estas nuevas relaciones sean durables, y saque gran provecho de sus nuevos alumnos!

El ex-párroco de El Vellón (Madrid), hoy residente en Pedrezuela, es una especialidad para celebrar juicios y salir mal en todos.

El médico le promovió uno por haberse negado á satisfacerle sus honorarios, en el cual fué condenado á pagar doscientas veinticinco pesetas, más las costas.

Otros dos celebró en primera instancia con el juez municipal y secretario, respectivamente.

Y otro con el sacristán, á quien dió una bofetada, sin duda para avivar su fe.

Y tanto y tanto le molestaron, así como á su sirvienta Inés, que el 25 de Marzo último se despidió desde el púlpito, diciendo que no volvía más ni bautizaba á una criatura recién nacida, siendo en vano que se presentase el juez municipal con la familia para que lo hiciera.

Eso me gusta; que los curas sean enérgicos y tengan mucha de la vergüenza para no sufrir imposiciones de ninguna clase, y, en caso necesario, para sostener sus brutalidades.

La intransigencia es una virtud salvaje que no comprenden los que carecen de fe y convicciones.

¡Ah, señor párroco de Villarrubia de Santiago! Es usted demasiado candoroso, y hace muy mal en permitir que su ama Juliana asista á los bailes.

Mire usted que es una morenilla bastante apetitosa, y pudiera ser que algún impío le hiciese una

mala partida, sólo por el gusto de afligir á un señor sacerdote.

Considere que no es usted un Adonis, y que hay en el pueblo chicos guapos que no miran con malos ojos á su sirvienta.

¡Y luego las mujeres son así, tan ligerillas de cascos!...

Conque ¡ojo al Cristo! Ó, por mejor decir, ¡ojo á la Juliana!

Me incomodaría mucho con vosotros, respetables curas que os trabajáis el panecillo en San José, si fuera cierto lo que ha llegado á mis pecadores oídos, de que habéis mandado pintar un cuadro de una Virgen ó Santa en la misma iglesia, y que á lo mejor la modelo ¡ay!, se pone en un traje que hasta allí, presenciándolo vosotros, y...

Vamos, que es una picardía no avisarme, para dar siquiera mi humilde opinión sobre el cuadro... vivo, y nada más que para esto; pues harto sé que sería en mí exigencia inusitada el pretender otra cosa en competencia con presbíteros, siendo todos grandes profesores en la ciencia que perdió á Salomón.

Por lo tanto, si no me han engañado, os ruego que enmendéis vuestra falta de atención conmigo; y si no fuere cierto, exclamad á coro:

¡Lástima grande

Que no sea verdad tanta belleza!

Se encuentra ya tan viejo y tan *fané* el párroco de Fuentidueña del Tajo, que en la última Semana Santa hubo de llamar á dos jesuitas de Uclés para que le echasen una mano en sus tareas espirituales.

Acudieron el P. Julio y el P. Germán, ambos buenos chicos, teólogos de afición y predicadores silvestres ó rurales á ratos; disparataron, establecieron una asociación de veteranas de la devoción, cobraron, agenciáronse lo que pudieron y se largaron á dar la peonada mística en otra parte.

Y vamos viviendo, divirtiéndonos y aumentando el tesoro de guerra para reventar mañana á los *lilas* que nos dan dinero echándose las de liberales.

Mal año es éste para los capellanes de monjas.

Apenas cazan una chica bonita, y las contadísimas que entran de esta clase, toman el tole á las primeras de cambio, sin que los desdichados tengan el gusto de intimar con ellas.

De uno de los conventos de Segovia se han fugado tres últimamente, y cuatro de uno de Salamanca.

Si esto continúa así, van á tener los pobres capellanes que apenar con las monjas alocinadas y tabacosas para distraerse un rato.

¿Si acabaré por compadecerlos, yo que siempre les tuve la misma envidia que al Sultán de Turquía?

El cura de Tortola (Guadalajara) fué soldado, cumplió y se casó, enviudó y después se hizo cura. Una enciclopedia de oficios.

Pero el espíritu belicoso no le abandonó por eso: en la última campaña carlista se echó al monte en defensa de *Chapa*, regresando vencido y zurrado.

Y ahora, á falta de partidas, se contenta con lucir un bastón cuyo estoque debió ser espada en la guerra santa, porque en la hoja tiene el escudo é inscripción del rey... de los papamoscas, y con ponerse en su casa la boina.

Esto se llama ser consecuente con las aficiones. Si conservara las matrimoniales como sigue con las militares, ¡ay de los padres y maridos de Tortola!

Muy atareado con las beatas debes andar, Santiaguillo el de Sisante, cuando desde Noviembre no has podido enviar una partida de bautismo que te pidieron desde Madrid, incluyéndote al efecto una libranza, ni contestar á cuatro cartas que después te han dirigido.

Y á propósito de beatas, ¿qué tal marchan esas chicas? ¿Van aumentando en perfección y... santidad? Te hago esta pregunta, porque me han hablado de ciertos viajes que algunas han emprendido para evacuar asuntos piadosos, y...

Anda con cuidado, no sea que tu amiga, la que vive aquí junto al Buen Suceso, se entere y lo eche á mala parte, y se incomode contigo.

¡Son las mujeres tan celosas de sus derechos!

En la capilla de la Orden Tercera riñeron dos señoras, un joven seglar y un presbítero: á éste le pusieron negro á trompazos, causándole varias contusiones.

Esto no tiene nada de extraño, porque al fin son cosas de ellos; pero sí el que, después de estar expuesto el pobre presbítero á que las Terceras le dividiesen en cuartos, fuese llevado con ellas y con el joven á la prevención.

Ignoro el motivo de la pelotera, aun cuando su-

pongo que sería alguna infidelidad mística, dado las personas que en ella intervinieron.

Cruzó el ecónomo de Vallecas por el fieltro con un corderillo perfectamente cubierto con un paño, sin duda para que no se constipase, y cuando ya había traspasado la línea fiscal, un impío se acercó á los dependientes y les debió decir, señalando al pater:—¿A que no saben ustedes lo que va por allí?

—Un pastor espiritual—le responderían.
—Sí; pero con un cordero material—debió replicar el otro.

Porque en cuanto lo oyeron los del resguardo salieron en su persecución, dispuestos á decomisar al mismísimo cordero divino, y una vez que alcanzaron al matutero, le hicieron retroceder al fieltro, donde tuvo que pagar derechos triples.

Me parece justo el recargo, porque al decir Jesús «Apacienta mis ovejas», no dijo *arrópame los corderos*.

¿Que si el párroco de Bailén ha organizado una rifa de un borrego, una guitarra y un reloj?

¿Y qué? Así sabrá el agraciado la hora en que se come el primero y lo podrá hacer con acompañamiento del aparato sexicorde.

—¿Y si el agraciado hubiera sido el mismísimo cura?...
—Tanto mejor; así podrá irse de *juerga* con su ama, comerse el cordero en amor y compañía, y después de bien repletos y no enjutos de gazzate, pescar la guitarra, y arrancarse por esta ó parecida copla:

Castaños aquí hace años
llenó de laureos á España;
yo para dar la castaña
soy más *barbián* que Castaños.

Por una torpeza de Castillo, ex-párroco de Casalarreina, y hoy canónigo de Calahorra, se ve una pobre viuda afligida y gastando un dineral.

Tuvo, estando él allí, un niño que ha entrado en quintas este año, y al pretender sacar la fe de bautismo para librarle del servicio, resulta que no existe por habersele olvidado al cura inscribirla, aunque no se olvidó de cobrar los cuartos.

Si un juez municipal hubiese cometido esa falta, se le hubiera castigado; pero como lo ha hecho un cura, todo se pasará por alto.

¡Dichosos presbíteros! Para vosotros no existen deberes, aunque tenéis muchos derechos con los cuales verificáis muchos entuertos.

Canarios católicos.—No es éste el anuncio de una pajarería, sino el encabezamiento de una circular-timo que los pájaros negros de las Palmas han publicado para trabajarse el alpiste con motivo de las bodas del Papa.

En ella se proponen regalar al Pontífice un objeto artístico de valor y mérito, un conjunto de oraciones, y un donativo en dinero.

Creyendo yo que el regalo más grato para el Vicario de Cristo será el segundo, el de las oraciones, he decidido no hacerle otro, y al efecto lo estoy preparando para remitírselo por las Mensajerías de la Fe.

¡Para mozos *críos*, *templaos*, de bulla, zaragateros y con circunstancias, los dos párrocos de Alcalá de Guadaira!

Tomás, el de Santiago, se fué el Jueves Santo á Sevilla en comandita con varios feligreses y feligresas, y como iba alumbrado por la divina gracia, se le ocurrieron cosas felices.

¡Pues no digo nada del amigo Zamora, que trabaja en San Sebastián, aparte de lo que trabaja con las monjas! Es de lo más *bailaor* que pueden ustedes figurarse; así es que los fieles de Alcalá de Guadaira estarán mal administrados, si se quiere, pero como divertidos lo están mucho.

Hay en Serandinas un feligrés, presunto reincidente de matrimonio, á quien el cura, para prepararle, le ha impuesto la pequeña penitencia de ir con su futura á la iglesia todas las tardes y desde allí dirigirse de rodillas al cementerio, acompañándose en dos pies el cura, rociándole con el hisopo.

No sé cuánto durarán estas caminatas húmedas, mas sí que los novios se lamentan de que se les van haciendo callos en las rodillas, como á los zapateros, y que destruyen mucha ropa. A lo que debía contestar el párroco:

«En cambio economizáis calzado».
Como así es efectivamente.

Dime, *Orejitas*, el de Las Palmas, ¿qué amistades te traes con una tal Severa que habita en el risco de San Lázaro, y otra vecina suya que carga medalla al cuello con cinta azul?

¿Será que te dedicas á repetirle algún párrafo de aquellos sermones sobre la prostitución que predicaste en la pasada Cuaresma, que tanto regocijaban al sexo feo, y tan coloraditas ponían á las beatas jóvenes?

Dímelo por la salud de la que más quieras de esas dos señoras.

Un tal Baldomero Sánchez, de oficio presbítero, se ha andado por ahí alabando de haber hecho tanto y más cuanto en favor de una persona decente llamada R., á quien una enfermedad y su desventura llevaron al Hospital General, cuando es lo cierto que ni siquiera fué á verle una vez, habiendo muchas razones para que lo hiciera.

Censurable es en un cura la ausencia de caridad, pero mucho más lo es el alabarse de que la practica siendo falso, pues trata de hacer virtudes de sus faltas para ganar aplausos en la opinión, y esto, si no se llamara hipocresía, pudiera llamarse otra cosa peor.

Hay en Córdoba un visitador de Consumos llamado D. Manuel, que si se esmera tanto en el fiel desempeño de su cargo como en la defensa de la religión, no entrará ni una oblea de matute.

Advertido por algún otro católico de que un subordinado suyo tenía una Biblia protestante, se la pidió, é inmediatamente que la tuvo en su poder, dió con ella en un lugar inmundo.

¡Dichoso visitador, que tal acto heroico ha tenido ocasión de realizar! ¡Feliz una y mil veces, sobre todo si le condenan en la demanda judicial que el ofendido propietario del libro ha presentado contra él, porque así podrá envanecerse de haber sufrido persecución por la Justicia!

D. Ricardo, aquel cura de Pollos á quien se le quemó ó le quemaron la casa, teniendo que escapar en paños menores, está hoy en Tudela de Duero, tan guapo y tan *barbián* como siempre.

Varios vecinos solicitaron tiempo há la construcción de un cementerio civil; enteróse de sus nombres, y ahora, cuando alguno necesita algún documento de la iglesia, le presenta otro para que lo firme, y en el cual le hace desdecirse de lo que estampó en la solicitud.

¿Cómo hace abrir el ojo y avivar el ingenio el temor de ver mermados los ingresos! Para esto cada cura es un sabio.

Las Hermanas de la Caridad del hospital de Tortosa suprimieron el Jueves Santo la ración de carne á los enfermos que lo habían menester.

Enterado el alcalde, reprendió severamente á las Hermanas que querían enviar al Cielo unas cuantas docenas de bienaventurados hambrientos.

Nada hay más cruel ni antihumanitario que el fanatismo religioso, como no sea la apariencia de ese fanatismo.

En Ronda ha circulado el rumor de que en el Asilo de los Desamparados que administran las Hermanas de la Caridad ha fallecido una niña, á consecuencia de haberle puesto una mordaza durante tres días.

Si esto resultase cierto, propongo que, en vez de *madres*, se les llame *madrastras*, siempre que éstas no se den por ofendidas.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Lora del Río.—Párroco Manolo hace grandes obras casa parroquial. Todos asombrados tales gastos. ¿Sabe usted de dónde salen estas misas?

—De la bolsa de los tontos.
—*Pae Bacalao* sigue haciendo préstamos 40 por 100. Dícese tiene más veinte mil duros.

—Me alegro; así reflexionarán los obreros sin trabajo en que deberían haberse hecho curas *per saltum*, como Perico, para tener dinero y emprender los caritativos negocios á que éste se dedica.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Sabe usted á qué hora suele retirarse á su casa el presbítero Sr. Morales?

—No, porque no tengo el vicio de ser policía de curas. Algunas noches por casualidad le he visto en comandita con otro clérigo, ambos disfrazados de pecadores, pero nunca me he ocupado en saber dónde ni á qué iban.

—¿Podiera usted decirme cómo se llama un sacerdote que visita con frecuencia á una tal Doña Rosita, la cual tiene un niño que parece un cura... digo, que parece un ángel?

—¡Moralidad, ciudadanos! Esas cosas no se preguntan, porque, aunque no tengamos malicia, los impíos lo tergiversan todo y hacen comentarios de mal género.

Alcalá de Henares.—¿Sabe usted lo que pueda haber de cierto en el rumor que públicamente circula de una bronca ocurrida en un convento de monjas, en la cual una de las esposas de Cristo se armó de puñal y revólver, dispuesta á dar un buen consejo á sus compañeras?

—No tengo noticia alguna; pero cuando el río suena... Además, la fe nos enseña que debemos creer lo que no vemos.

Madrid.—¿Sabe usted qué clase de ejercicios piadosos se celebran por las noches en la ermita de San Antonio de la Florida, y si entraron el sábado á las nueve y media tres señoras por la puerta de la derecha y salieron á las doce y cuarto, amén de dos curas, uno vestido de persona y el otro con manteos?

—No, señor.

Valdepeñas.—¿Qué le diría usted á un sochantre que, por no descubrirse al pasar el Viático estando usted en las habitaciones interiores de la casa de un amigo, rebuznase, tratándole de impolítico y mal educado?

—Le llamaría animal, y *paz Christi*.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Lactancia bajo todas sus manifestaciones, por el doctor Martínez Suárez.

En un tomo de 350 páginas ha sabido el Dr. Martínez Suárez condensar todo cuanto se refiere á la importantísima cuestión de la lactancia, predominando en todo el libro la idea de hacer resaltar los inconvenientes que tiene para la salud de los niños la lactancia mercenaria y las ventajas que reportaría á las criaturas y á las madres el que éstas criaran á sus hijos, siempre que para ello no haya obstáculos absolutamente insuperables.

Estas consideraciones, unidas á la extensión con que trata el autor las no menos importantes del análisis de la leche; de las alteraciones que puede sufrir para hacerla de mala condición; de los defectos de la organización del servicio de nodrizas, y de otras muchas cuestiones relativas á la higiene de los niños, hacen del libro del señor Martínez Suárez una obra recomendable, que deben leer cuantos se interesen por la salud de la infancia, y muy especialmente los padres de familia.

Se vende en las principales librerías y en casa del autor, Plaza del Dos de Mayo, 5, entresuelo derecha, al precio de *tres pesetas* en Madrid y *tres pesetas cincuenta céntimos* en provincias, franco de porte.

El cuaderno 33, que acaba de repartirse, del popular *Diccionario Biográfico, Geográfico, Estadístico y de la Lengua española*, de nuestro compañero en la Prensa Don Enrique Jaramillo y Requena, es tan interesante como todos los que van publicados de esta utilísima obra.

La innovación introducida en sus cubiertas ha sorprendido agradablemente á los suscriptores, quienes sin aumento alguno de precio reciben, cubriendo el cuaderno, un periodiquito compuesto de noticias curiosas, artículos literarios, epigramas, charadas, etc., el cual se reparte como suplemento á *El Crédito Público*.

Se suscribe á dicha obra, al precio de *veinticinco céntimos* el cuaderno en Madrid y *treinta* en provincias, en la Administración de dicho periódico, Paseo del Prado, 30, principal.

OBRA NUEVA

BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

MORAL JESUÍTICA

ó sea

CONTROVERSIA DEL SANTO SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

su autor

TOMÁS SÁNCHEZ (EL CORDOBÉS)

De la Sociedad de Jesús

Traducción del latín.

El martes se puso á la venta en las principales librerías esta obra, que ha de llamar poderosamente la atención.

Precio, *cinco pesetas*.
Los suscriptores á EL MOTÍN la recibirán con el 25 por 100 de rebaja.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—*Nueve pesetas*.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: *dos pesetas*.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: *dos pesetas*.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: *una peseta*.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: *dos pesetas*.

MADRID

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4